

Las tareas del humanismo ante la crisis de nuestro tiempo

Andrés Fábregas Puig

El siglo pasado en su segunda mitad fue dominado por el pensamiento evolucionista y el optimismo en el progreso. El basamento de este hecho fueron las revoluciones científicas y tecnológicas, así como las transformaciones sociales, incluyendo la configuración de clases sociales de cuyas transformaciones se nutrió la primera mitad de nuestro propio siglo. Fue también el siglo XIX el de la definición clara de los esquemas de las ciencias sociales, que perdurarían hasta la crisis de nuestros días. Más aún, en el contexto del siglo pasado se definió la separación entre el positivismo y el criticismo, polarizados en Carlos Marx, como pensador crítico, y en Emile Durkheim, como fundador de la sociología y sistematizador del pensamiento positivista. En el contrapunto de estos esquemas se desarrolló la discusión intelectual y científica, prolongándose hasta la caída del muro de Berlín, el 9 de noviembre de 1989. Por supuesto, ya desde la segunda mitad de nuestro siglo se amplió notablemente el abanico del pensamiento, incluyendo importantes diferencias dentro de los propios esquemas positivistas y de los críticos.

Las oposiciones del pensamiento, su desarrollo a través de la discusión en las universidades, nos remiten a Hegel, sus discípulos y críticos por un lado, y a Kant y seguidores, por el otro. Las universidades europeas jugaron un papel central no sólo en la modulación del debate, sino en su difusión. Cobró auge la discusión de la dialéctica individualismo/colectividad. La configuración sociológica de las clases sociales protagónicas del siglo XIX explica la importancia de esa polémica. Se trataba de un mundo que recién recibía a una Europa salida del feudalismo, al tiempo que el colonialismo adquiría nuevas formas absorbiendo territorios en el tercer mundo. Las sociedades —al igual que las clases— se polarizaban, mientras se hacía más compleja la pluralidad de la cultura. Europa Occidental y su criatura americana, los Estados Unidos, avanzaban sobre el mundo, perfilando áreas de influencia, construyendo situaciones conflictivas entre las propias naciones europeas y entre éstas y los pueblos colonizados. Esos conflictos estallaron mundialmente en las dos guerras del siglo XX, dejándonos la secuela de conflictos y situaciones que hemos vivido el resto del siglo. En medio de esta trama de batallas entre intereses, avanzaron la ciencia, el pensamiento crítico y la proliferación de planteamientos, gracias al desarrollo de las universidades. También avanzó la pluralidad de posiciones, así en el positivismo como en el

criticismo. El marxismo se dividió aún más al pasar a ser ideología de Estados muy distintos entre sí, como lo fueron la Unión Soviética y la República Popular China. Hasta connotaciones nacionales adquirió el marxismo. Por ejemplo, la escuela Austriaca o la escuela Italiana. Por supuesto, en Asia, África y América Latina sucedió también la dispersión del pensamiento marxista y de los planteamientos críticos en general, de acuerdo a las historias locales de los Estados Nacionales. Continuó —y de hecho, continúa— el contrapunto entre positivismo y criticismo. Un resultado actual de esa discusión, quizá el más significativo, es el rechazo a los dogmas y al funcionamiento inamovible y automático de los conceptos, así como la aceptación creciente de la complejidad asumida por la variedad de la cultura.

La Europa de principios de siglo, 1900 para ser exactos, se articuló en Naciones-Estado independientes que coexistieron con estructuras políticas anteriores al surgimiento y consolidación del nacionalismo y la democracia. Así, los planteamientos nacionalistas estuvieron claramente presentes en Francia, Inglaterra, Italia, España, Holanda y Estados pequeños de Europa Occidental. En cambio la Rusia Zarista, el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Otomano fueron la otra cara de la moneda. Los conflictos señalados en renglones anteriores hunden sus raíces hacia 1878, cuando los tres grandes imperios (Prusia-Alemania, Austria-Hungría y Rusia) se pronunciaron en contra de los principios de la Revolución Francesa: Nacionalismo y Democracia. Los mismos imperios entraron en situaciones conflictivas debido a las rivalidades dinásticas de las que el pan-germanismo y el pan-eslavismo fueron expresiones ideológicas. En el lapso de 1917-1918, los imperios cayeron, validándose la perspectiva democrática que había asomado en la Europa de 1848. Otros conflictos aparecieron: Inglaterra, Francia e Italia profundizaron sus rivalidades por el control de África, a la que, de paso, destrozaron. Esos tres países enfatizaron la unicidad del Estado y la Nación, convirtiéndolas en una sola entidad. En otras palabras, se identificaron la comunidad de cultura con la comunidad política. El surgimiento del actual-

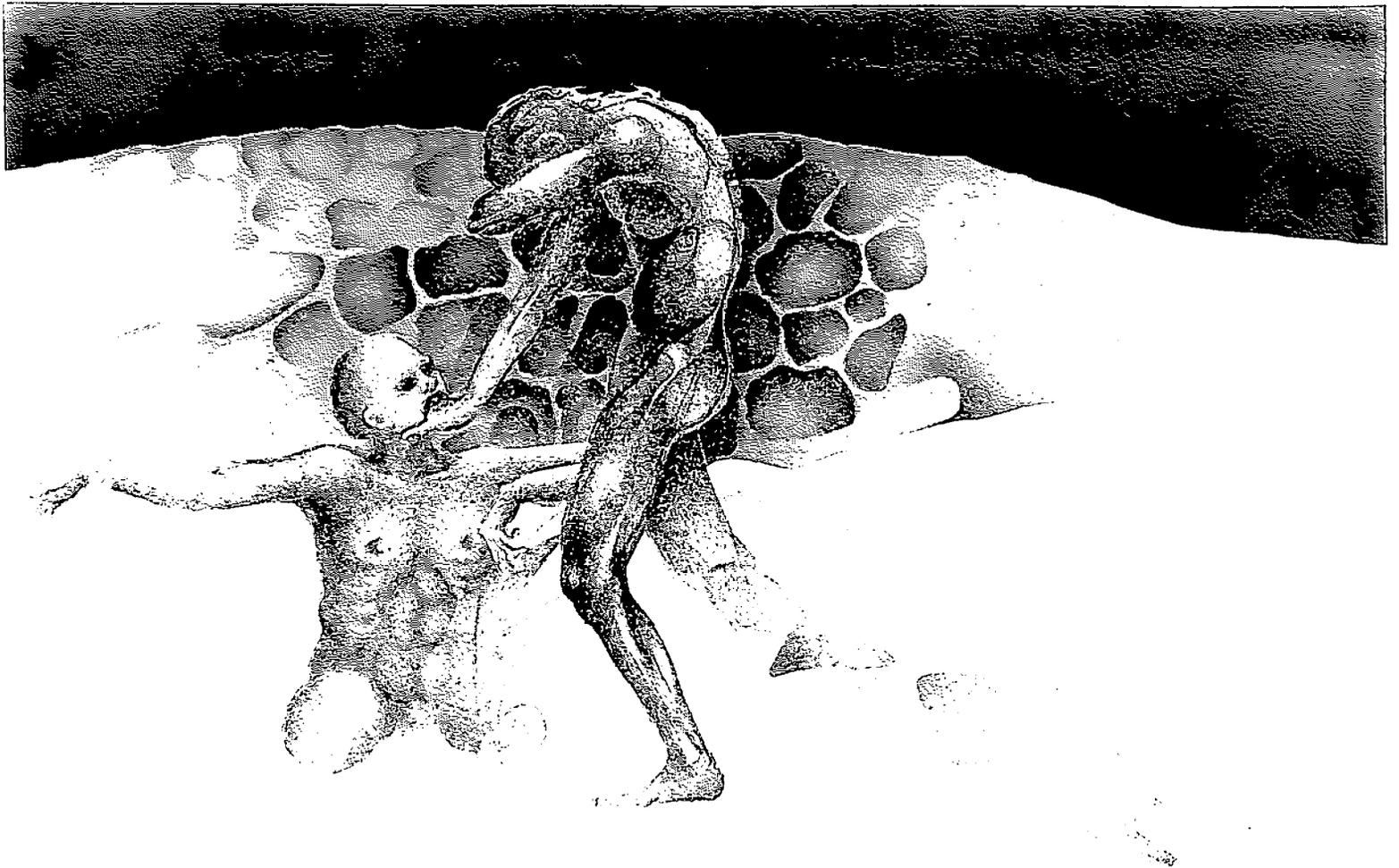
Andrés Fábregas Puig, Rector de la Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas. Doctor en Antropología. Ha sido profesor y conferencista en universidades y recintos académicos de educación superior en México, Venezuela, Estados Unidos, Inglaterra y Francia, entre otros países. Es autor de libros, ensayos, artículos y textos, tanto de especialización como de divulgación. Sus áreas de trabajo son: el concepto de frontera, antropología del desarrollo regional, antropología de la identidad y antropología de la política en general.

creación. Por supuesto, su planteamiento acerca de la concepción de la duración fue el punto de partida de los análisis de la noción del tiempo. En 1928 le fue otorgado el Premio Nobel de Literatura.

Más importante que el viejo positivismo de Comte, es el planteamiento de Herbert Spencer (1820-1903), figura indispensable para el desarrollo de la sociología y la antropología. Gran parte de los primeros planteamientos de lo que después vendría a ser el estructural-funcio-

nalismo tienen su origen en Spencer. Por ejemplo, escribió: "no puede haber una verdadera concepción de una estructura sin una verdadera concepción de su función", párrafo que podría haber estado firmado por Radcliffe-Brown. Esta vena del pensamiento spenceriano corre paralela a la del marxismo y se mezcla con él, lo que ayudó a confirmar el ánimo contra-positivista que se expandió después de 1900. Este hecho es fundamental, porque esta misma influencia generó a la gran figura de la sociología positivista, de indudable ascendencia spenceriana: Emile Durkheim (1858-1917). Es muy conocido el planteamiento durkheimiano de concebir a la sociedad como un *sistema funcional*, idea de claro sustrato cientifista. Desde su famoso libro *La división*

del trabajo social (1893), Durkheim fue estableciendo las bases de la sociología contemporánea y de la antropología social estructural-funcionalista. El impacto de su trabajo es innegable y culminó con su estudio *Las formas elementales de la vida religiosa*, verdadero monumento del discurso sociológico. A Durkheim debemos el concepto de solidaridad, que él entendía en dos manifestaciones: la mecánica y la orgánica. La solidaridad está indisolublemente ligada a la *conciencia colectiva*, es decir, el sistema de creencias y sentimientos que comparte una comunidad humana. Cuando este sistema se desarticula se da paso a la patología social, al caos. Por este camino llegó Durkheim al planteamiento de analizar la relación entre sistemas normativos y conducta individual, habiendo sido profundamente impresionado por el elevado número de suicidios que acompañaban la industrialización creciente. Precisamente la obra que explora la relación que Durkheim localizó se llama *El suicidio* y queda como libro clásico para todo estudioso de





podía ser influido trayéndolo al nivel de lo consciente. Todo lo que se escoge está determinado, pero puede ser sobredeterminado por una pluralidad de fuerzas psíquicas, de tal manera que no es posible establecer una relación directa de causa-efecto. Conviene a la claridad recordar que Freud comenzó su trabajo en pleno auge del mecanicismo y que fue asistente de Ernst Burecke, director del laboratorio de fisiología de Viena y después alumno de Meinert, especialista en anatomía cerebral. En 1885 estudió en París bajo la tutela (ojo estudiantes: es fundamental el tutor) de Charcot, quien aplicaba la hipnosis para tratar la histeria. Cuando Freud regresó a Viena se unió al psiquiatra Breuer, quien también era partidario de la hipnosis. La primera formulación que hizo Freud de su *teoría sexual* sobre la neurosis apareció en 1895, en un libro titulado *Estudios sobre la histeria*. Cuando Freud se separó de Breuer sustituyó la hipnosis por el procedimiento psicológico de la asociación libre de ideas y la interpretación de los sueños, lo que le facilitó la comprensión del inconsciente como estrato profundo del psiquismo, que hoy es un logro de la ciencia.

Los esfuerzos de la ciencia y de las artes deben no sólo equilibrarse, sino enmarcarse en un humanismo que pregone que *uno es el género humano y múltiples sus posibilidades culturales*. Nadie está libre de errores y nadie puede establecer juicios finales. La inteligencia y su ejercicio no debe ser asunto de una minoría, sino prioridad en las relaciones entre los seres humanos. Quien se aficiona a la inteligencia no sólo retorna a lo humano, sino que eleva el nivel de percepción de quienes nos rodean. Es decir, el nivel espiritual, el nivel humano. Por ser esto así, existe una estrecha relación entre los diferentes estilos de pensamiento y los periodos históricos en que fueron producidos. Si nos preguntamos qué es lo que nos parece más importante en el desarrollo del pensamiento humanista, contestaría que su pelea por la existencia. De aquí que la evolución del pensamiento humanista va como un todo, y quien extraiga uno de sus miembros y lo declare como el único valedero, destruirá el espíritu del humanismo y de la ciencia.

Es necesario regresar al siglo XIX para examinar la trayectoria del pensamiento crítico en su vertiente marxista. Comencemos recordando que Carlos Marx (a quien aquí analizamos como científico de la sociedad) formó parte de los intelectuales europeos que desarrollaron la antropología filosófica, por lo menos desde 1840. El propio Marx escribió mucho acerca de la antropología, entendida en aquel momento como el estudio integral de la humanidad, como lo evidencia su discusión con quien fuera –en muchos sentidos– el filósofo que más lo impresionó: Hegel. Pero también está su correspondencia con Arnold Ruge y sus polémicas con Feueubach (a quien admiraba) y Proudhon. Sin duda, la revisión crítica que Marx elaboró de la filosofía del derecho de Hegel es el primer ejercicio sistemático para desplegar una metodología propia. Es en 1843, en esas páginas, en donde se escribe que las relaciones legales y las formas de Estado tienen sus bases no en una esencia humana abstracta, sino en las condiciones materiales que permiten su existencia. No podemos entender estas formulaciones si no manejamos el contexto intelectual del siglo XIX, dominado por el evolucionismo, y el avance de la antropología empírica hecho por los desarrollos en la prehistoria (sobre todo, a partir de 1845), la etnología (como estudio concreto de los pueblos y sus culturas) y la etnografía (como la descripción minuciosa de la forma de vida de un pueblo). En este contexto descollan los trabajos del antropólogo norteamericano Henry Morgan y del historiador inglés sir Henry Maine. Pero estaban también los muy importantes esfuerzos científicos de Phear, Charles de Brosses, Charles Meiners, y un cúmulo de autores que en esa segunda mitad del siglo pasado habían acumulado un respetable material acerca de los orígenes de la cultura y las primeras formas de organización social de la humanidad. Para 1874-1876, se contaba, por ejemplo, con el impresionante libro de H. H. Bancroft, *Las razas nativas de los Estados del Pacífico*, que venía a complementar el anterior trabajo de W. C. Tylor, *La historia natural de la sociedad en los Estados bárbaros y en los civilizados* (1840). Todos estos trabajos fueron conocidos por Marx. El libro de Morgan, *La sociedad antigua*, le llegó a Marx a través del científico ruso Kovalesky. Marx agregó muy poco a lo que planteaba Morgan acerca de la etnología de América y de Oceanía, pero enriqueció notablemente la parte etnológica referida a la Europa medieval y antigua. Estos son los contextos

No menos importantes fueron la continuación de estas sesiones en “El café blanco” de la Universidad Iberoamericana, convertido en Academia por Palerm, sus alumnos y sus interlocutores. Situados estos seminarios y discusiones en 1970, resulta importante recordar que por aquel año ya se reconocía una “crisis del Marxismo” sin que se hubiese extinguido el clima inquisitorial que rodeaba al “Marxismo oficial” ya fuese en su versión soviética o china. Palerm y sus discípulos rechazaron este clima de opresión intelectual y defendieron la libertad de pensamiento y de interpretación de cualesquiera corriente. Además, Palerm señalaba con razón que aún no se conocía con suficiencia la obra del propio Marx, especialmente aquella relacionada con la antropología y la teorización de la historia, aparte de que, por aquellos años, las traducciones al castellano de la obra marxiana eran deplorables. Por ejemplo, de los *Grundrisse* sólo se conocía la traducción de una parte muy breve, “formas de propiedad precapitalistas”, que en México había publicado la revista *Historia y Sociedad* (No. 3, México, Otoño de 1965, pp. 73-106). Para el seminario desarrollado en 1970, Palerm propuso ese texto en confrontación con el publicado en inglés por Erick J. Hosbawm con el título *Pre-capitalistic Economic Formations*.

El examen más autorizado de los *Grundrisse* lo hizo Roman Rosdolsky, marxista alemán, quien publicó su trabajo en alemán en 1968 y sólo diez años después, en 1978, lo tuvimos disponible en México editado por Siglo XXI. Estos *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie* (*Cuadernos para una crítica de la economía política*) fueron elaborados por Marx en 1857-1858 como borrador previo para la redacción de *El capital*. En 1953, sólo existían en el mundo occidental unos 3 o 4 ejemplares de la obra, que fue editada por vez primera en Moscú en 1939. El encuentro de esta obra –importantísima– fue mérito de Rosdolsky, quien vivía refugiado en Nueva York. Fue el bibliotecario J. Buttinger, de la Biblioteca Pública de esa ciudad, quien, en 1948, entregó un ejemplar a Rosdolsky que, como él dice, “comprendió claramente de inmediato que se trataba de una obra fundamental para la teoría Marxiana”.⁴ De manera que en 1970, no conocíamos en México, ni el texto de los *Grundrisse*, ni el libro de Rosdolsky; por ello, los materiales del seminario dirigido por Palerm, fueron los ya mencionados: el artículo publicado en *Historia y Sociedad* y el trabajo de Hosbawm.

El examen de los *Grundrisse* entre otros importantes resultados, afianzó la concepción acerca de la multicausalidad y la plurilinealidad en la historia. Pero además, constituyó una introducción sólida para examinar la crisis del mundo socialista y entrever –a inicios de los años 70– las posibilidades de la disolución de la Unión Soviética y el desastre humano de Yugoslavia. Fue posible organizar en la misma escuela de graduados de la Universidad Iberoamericana, dirigido por Angel Palerm, un seminario acerca del campesinado y su situación en el mundo socialista. Allí, se examinaron trabajos esenciales como los de Milovan Djilas (*La nueva clase*, 1950), Jozo Tomasevich (*Peasants, Politics and economic change in Yugoslavia*, 1955) y Lionel Kochan, (*Rusia in Revolution*, 1970). Estas obras perfilaban la crisis del mundo socialista revelando, en aquel momento, la situación real de la sociedad, más allá de la propaganda ideológica. Siguen siendo libros de una riqueza notable en sugerencias para las ciencias sociales.

Las crisis sociales e intelectuales de nuestro siglo no han detenido el renacimiento del humanismo. En una época como la propia, en donde la violencia alcanza niveles insospechados al lado de la deshumanización propalada –entre otros instrumentos– por los medios de comunicación masiva (como lo advertía Karl Popper), es central la insistencia en retomar el espíritu de la cultura. Hoy en día, el humanismo tiene la tarea de mostrar la unidad genérica de la humanidad y la riqueza de su diversidad cultural. La propia sociedad tiene el potencial de resolver los problemas humanos. Tiene el humanismo la tarea de descubrirlos para hacernos cargo de ellos. A través de sus diferencias, los humanistas coinciden en la exigencia y necesidad de desarrollar la individualidad en equilibrio con la comunidad, para alcanzar la armonía y la universalidad. El humanismo actual tiene fe en las capacidades humanas y en la riqueza del pluralismo cultural, sabiendo que es factible alcanzar la comprensión de los diferentes puntos de vista, manteniendo en mente que lo más importante de todo es la realidad humana. Este punto de vista lleva implícita la crítica a la ideología, es decir, al empleo alienado de conceptos vitales como el de libertad, cultura e igualdad. Al humanismo de hoy le importa la *Realidad* de la existencia humana y por lo tanto, dentro del análisis crítico, se cuestiona si una idea expresa la realidad o la oculta.

Finalmente, pero con todo el peso de la importancia que tiene, el humanismo actual insiste en que la tarea más apremiante de la sociedad es lograr y afianzar la paz. No existe humanista alguno que sea partidario de la violencia, de la guerra o de suprimir la vida. Δ

Notas

- 1 Ver de Karl Korsh, *Marxismo y filosofía*, ERA, México, 1971.
- 2 En 1966, gracias a las gestiones de Angel Palerm, los que por aquel momento estudiamos en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, tuvimos el privilegio de escuchar y dialogar con Karl Wittfogel, en sesión memorable celebrada en el auditorio Fray Bernardino de Sahagún.
- 3 Conocí a Krader en 1973, cuando le fui presentado por Angel Palerm. Me tocó dar a conocer a Krader al castellano a través de la traducción que hice de su importante ensayo “Marx as ethnologist”, publicado en México con el título “Marx como etnólogo” (*Revista Nueva Antropología*, Vol. 1, No. 2, México, 1975, pp. 3-23).
- 4 Ver, R. Rosdolsky, *Génesis y estructura de El capital de Marx (Estudios sobre los Grundrisse)*. Siglo XXI Editores, México, 1978. Este texto es sumamente complicado porque igual lo es el del propio Marx. Dudo que sea ampliamente conocido en México. En el círculo de alumnos de Palerm, el texto fue revisado con paciencia y tras largas sesiones de discusión. Un año antes de la publicación del libro de Rosdolsky, en 1977, se publicaron los *Grundrisse*, en México. Ver, Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Siglo XXI Editores, México (la espléndida traducción es de Pedro Scaron).